LA AMBIVALENCIA DE LA MIRADA UTÓPICA EN LA TENSIÓN *POLIS* - ESTADO

AGUSTÍN RAMOS IRIZAR
UNIVERSIDAD DEL PAÍS VASCO

Sabemos, por lo que nos cuenta Platón, que Sócrates murió defendiendo la razón de la Polis frente a otro tipo de razón que comenzaba a atisbar, lo que hoy denominamos Estado. T. Moro, el creador de la obra *Utopía*, intentó reconciliar ambas. Maquiavelo defendió claramente la razón del Estado. Tratar de saber quién andaba en lo cierto a estas alturas en la defensa de sus respectivas razones es una huída hacia adelante. En realidad no tiene sentido un acuerdo puesto que ambas razones son irreconciliables.

La *Utopía* de T. Moro, cuya primera edición aparece escrita en 1516 es un alegato en defensa de una posible reconciliación de ambas razones. La razón de la Polis y la razón de Estado, deben someterse a la moral y, en este sentido, la religión actúa como mediadora. Pero la obra de Moro abre posibilidades de incorporar el absurdo a la construcción de un país. Desde entonces hay quienes hablan de lo extravagante que resulta la utopía, porque no es realizable y sólo se circunscribe a una mezcla entre el mundo de la imaginación y el mundo de lo real. En este sentido no resulta especialmente atractiva, ni para los pragmáticos, ni para los amantes de la fantasía.

Al protagonista del libro se le supone tripulante de una expedición de Américo Vespucio, de la que se separa, quedándose en una isla junto a otros 24 hombres. Este hecho ocurrió en la vida real. Posteriormente, la narración supone que se encaminan hacia *Utopía*. El nombre del protagonista Rafael Hitlodeo es irónico; podría traducirse como dispensador de salud y de sinsentido. El nombre del río que recorre la isla es Anydrus, esto es, no agua. El mismo nombre de Utopía se refiere a un lugar de ninguna parte, outopia, o a eutopia o lugar agradable. La imagen que Moro crea es la de una mezcla irónica entre la realidad y la ficción.

El asunto central que nos interesa y preocupa es que la pregunta que late en el fondo del sistema que estructura *Utopía* es la siguiente: ¿Cúal es la mejor manera de ordenar una comunidad?. Esta pregunta, de hecho, inaugura la modernidad.

La vida monástica que Moro propone en su construcción imaginario-real de la comunidad

muestra planteamientos que tienen que ver con la concepción de la familia patriarcal tradicional como fundamento de la estabilidad social y política de su isla. Todo su sistema se va a basar en esta premisa, es decir, en un tipo de orden moral y social tradicional que es necesario imponer y preservar para que todo funcione debidamente (para que todo funcione como algunos pocos quieren).

En esta construcción de *Utopía*, la propiedad privada y el dinero desaparecen y con ellos los males sociales de delincuencia, fraudes, robos, probreza, etc. Al menos este es el punto de vista del protagonista de la obra, Hitlodeo, quien, defendiendo el radicalismo de la modernidad, critica los ideales aristocráticos medievales que mantienen ciudadanos ociosos, guerras y crímenes. Entramos en la modernidad de la mano del humanismo. Afortunadamente, para ellos, los futuros burgueses, pragmáticos en todo punto, se encargarán muy bien de reflejar la importancia del dinero y de la propiedad privada en la vida real, dejando para los pobres y algunos intelectuales la peregrina idea de que la propiedad privada y el dinero deban desaparecer. Quizás esto sea lo más utópico que desde siglos mantienen los autores. No olvidemos que Platón y los padres de la Iglesia también atacaron la propiedad privada como causa de casi todos los males. En el caso de Moro, además, la propia ambivalencia de la Utopía, concede un tinte irónico a esta pretensión.

La disciplina moral educativa y unas leyes justas y claras son la solución que los gobernantes de *Utopía* van a imponer a sus ciudadanos. Para superar el caos y la injusticia, la *Utopía* de Moro se ciñe al mundo de la racionalidad técnica, una forma organizada de control de los recursos y de los ciudadanos. Es ahí donde fracasa la Polis y comienza el Estado. Algo parecido le había ocurrido ya al Sócrates que Platón presentó en su obra, precisamente de título Politeia y que en traducciones variadas adquirió el nombre de República. Al final lo que importa es una forma de ordenamiento educativo-legal que controle los movimientos de los ciudadanos.

Es en este punto en el que las posiciones de Platón, Maquiavelo y Moro se van a encontrar. Es un común acuerdo para preservar lo fundamental: el orden racional-técnico. Sin embargo una gran inquietud de Moro, y en este punto es en el que consideramos que se plantea la gran diferencia con otros autores y que le legitiman como el creador de la Utopía moderna, es que, tal y como señala DEL AGUILA, R. (1990), trata de identificar las causas de la situación social incorrecta (ambición, orgullo, avaricia) y su vinculación con unas instituciones (propiedad privada, dinero, etc.) que son las que trata de reformar. Su posición anuncia ya a la burguesía que será la que lleve adelante las reformas, a su modo.

El inicio del pensamiento utópico es, por lo tanto, algo más que el comienzo de una visión idealista y fantástica de la política. Lejos de pretender un alejamiento de la realidad, el método utópico se acerca a ésta.

El planteamiento del que partimos, por lo tanto, es el de considerar las formas de organización en la ciudad o en el Estado. En el planteamiento de Utopía de Moro, encontramos algunas de las llaves que nos aproximan al mundo de la racionalidad técnica. En la actualidad estamos inmersos en un entramado de desarrollo de formas de vida en las que el control técnico es básico.

Los diferentes modelos de construcción y organización de las ciudades (culturalista, progresista, etc.) han tratado de compaginar esta idea del control y orden, con una hipotética conquista del bienestar humano. Los resultados prácticos son harto elocuentes. Si Dennis Adams nos situa en un mundo en el que la estética debe ser intervención, creación de contradicciones, una especie de guerra de guerrillas urbana contra el orden establecido, no es por casualidad o por

esnobismo. El sabe que esta relación de racionalidad técnica imperante no es compatible con la idea de bienestar.

El planteamiento de Adams se situa en una original estrategia de ambivalencia intranquilizadora que no define claramente la situación; que rompe y no rompe a la vez. Interviene en el espacio urbano, tergiversándolo, pero sin concretar claramente las cosas. Es como si un hálito de invisibilidad recorriera las calles para luego desaparecer.

Pero el mundo de los constructores y organizadores de ciudades tiene ya muchos años de trabajo acumulado en edificios, calles y barriadas. Le Corbusier, Gropius, F. L. Wright, etc., son exponentes de este hecho. Tal y como señala F. CHOAY (1965), los fundamentos del pre-urbanismo y del urbanismo, eran los de la fe en el progreso y la pujanza de las técnicas, junto a una aversión por la sociedad mecanizada y nostalgia de las antiguas comunidades culturales; aversión por un nundo desnaturalizado y nostalgia de una íntima relación con la naturaleza. Estos eran los fundamentos eidéticos de su quehacer. Como vemos no se produce una separación de la técnica y la naturaleza, sino todo lo contrario, una íntima armonía, recogiendo aquellos postulados de Moro más acordes con sus puntos de vista y no reconociendo otros que no encajaban con su manera de pensar.

En la práctica, llevar adelante determinadas ideas emanadas de la *Utopía*, puede resultar problemático. Brasilia, por ejemplo, edificada bajo el canon del urbanismo progresista encuentra duras palabras de F. CHOAY (ibíd.) quien la considera como el grandioso manifiesto de una vanguardia pujante, pero de ninguna forma supone una respuesta a las necesidades y a los problemas sociales y económicos de la población. Resulta interesante ver cómo determinados constructores y organizadores de ciudades juegan a colocar y recolocar sobre sus maquetas unos cubitos, unas casitas, unos jardincitos para jubilados y niños, dependiendo de sus gustos, humores y ganancias. Si observamos algunas de nuestras ciudades y los planes de futuro para ellas (Bilbao, por ejemplo), podemos tener una idea aproximada de lo que supone este juego de cubitos. Recordemos también a Le Corbusier (1963), propugnando la ruptura con el pasado y proponiendo una ciudad con los nuevos valores de la mecanización. En ella, todo debe estar en su sitio, en un exhaustivo control que no deja lugar a deseos ni aspiraciones novedosas de futuro. Es un modelo de cierre, no una ciudad abierta a experiencias nuevas.

Nos hallamos de nuevo ante el dilema que da origen a la *Utopía*. La Polis se enfrenta al Estado. Ambas son divergentes y no hay unidad de criterios. Intentar compaginar las dos ideas no da buenos resultados. De hecho, al final, la Polis se transforma en Estado, en control y en manipulación. Además, los sistemas de valores en la construcción urbanística se disfrazan de matices científicos: culturalismo, naturalismo, progresismo, etc., cuando, en realidad, son acciones subjetivistas encaminadas a preservar un orden social y económico que, de otra forma, sucumbiría. Al final hablamos de logotecnia, es decir, un lenguaje propio de los constructores y organizadores de ciudades en el que se entienden y reconfortan y del que las poblaciones no participan. Este microlenguaje es imperativo y no acepta réplica. El habitante no participa en su elaboración.

Esta es la situación de los usuarios en la mayoría de los sistemas semiológicos constituídos. Pero además, se les priva de la responsabilidad de responder. Sabido es el resultado de la mayor parte de las alegaciones presentadas a los planteamientos de futuro para algunas de nuestras ciudades más próximas.

Aquellas épocas en las que los habitantes de la ciudad podían intervenir dialécticamente, eran escuchados y discutían sobre la conveniencia, viabilidad e interés de las acciones, decidiendo en última instancia, ya pasaron de moda. Eran los tiempos de la democracia. Así lo seña-

la F. Chatelet (1978) quien considera que ese tiempo ideal fue la Polis griega. Como vemos, siempre volvemos al mismo asunto. Con todos sus defectos (Esclavitud, no reconocimiento de la opinión de la mujer, etc.), al menos tenía cierto valor la opinión de los residentes. No olvidemos que la democracia en Grecia no era nada especialmente relevante. Era, simplemente, una forma de control de las manipulaciones de los ricos.

En la actualidad, ni eso; la complejidad de los desarrollos técnicos y de los controles administrativos obliga al individuo a someterse al imperio de los llamados "especialistas", burócratas. Confrontando la época de la palabra con la de la logotécnia, volvemos al problema inicial. Al oponer la democracia a la directividad se ve claramente que la primera es ya únicamente una palabra sin valor especial. P. Lavedan (1936) lo expresó de una manera lapidaria al afirmar que la corriente del dirigismo se impone de tal forma que la geografía urbana se convierte en un capítulo de la administración, o sea del Estado.

Por lo tanto, a nadie debíera extrañarle que Dennis Adams utilice, en sus producciones, una cierta forma de guerra de guerrillas para expresarse. Como muestra, un ataque frontal no es posible. Hay que buscar otros caminos, porque no estamos al mismo nivel que los que detentan el poder.

Frente a ese mundo de la *Utopía,* que vemos como artificial y soñador, Adams busca la contradicción y la diferencia y obliga al espectador a mirar de frente la situación, rompiendo la idea del consenso, que es otra idea falsa, establecida desde el poder para consensuar lo que a ellos les apetece.

Las intervenciones de Adams, como él mismo señala, funcionan en un eje horizontal. Se revelan entre líneas, entre los lugares oficiales, de la ciudad. No es un punto de vista irónico ya que la ironía es un invento de los aristócratas ociosos para reconfortarse. Adams intenta implicarse a nivel de la calle y, en la política de la calle, según él, no hay ironía.

Como hemos visto, el mundo utópico de Moro, partícipe de esa ironía que Adams critica, y de los constructores y organizadores de ciudades ha caminado y camina de la mano del Estado. No se busca el bienestar de la población. Lo que se pretende es establecer los mecanismos de control y manipulación para mantener los sistemas económicos y políticos. La tecnodemocracia se impone y, frente a ella, artistas como Adams cuestionan, casi de puntillas, la base del orden establecido, proponiendo una nueva ética y unos nuevos valores. En Adams, el racismo, la inmigración, la sexualidad, cobran enorme relevancia y se instituyen en referentes de un nuevo camino a explorar. Para ello, el artista, según él, confunde los códigos de representación. Es la única manera de entrar en un terreno vedado, rompiendo poco a poco y desapareciendo para no ser cazado.

No podemos medir el punto de vista de Adams partiendo de una estrategia racionalizadora de los procesos técnicos. Quizás debiéramos detenernos a reflexionar primero hasta que punto nosotros somos Estado. También debemos analizar si seguimos interesados en la palabra o en la acción estética directa en el marco de las ciudades tecnocráticas. Buscar otras armonías, otros caminos debíera ser nuestro interés, rompiendo desde abajo o desde arriba, desde donde podamos, con la falacia teórica elaborada por los constructores y organizadores de ciudades. La mirada estética puede mantenerse como hasta ahora, contemplando las imágenes de la tecnocrácia o crear nuevas contradicciones y ambivalencias en el mundo del dinero y del orden tecnológico.

Ya vemos donde quedan las buenas intenciones en el origen de la *Utopía* de Moro y en los desarrollos que la misma ha experimentado. Salvo algunas ideas en la construcción de zonas ajardinadas o de solaz, poco más han hecho los especialistas en la búsqueda de formas de vida algo

más gratificantes. Nuestras ciudades son un buen ejemplo de ello. El planteamiento de Moro, que intentaba unificar las dos concepciones irreconciliables de la Polis y del Estado, ha tenido su continuidad. Los resultados, negativos para la mayoría, siguen sin conmocionar excesivamente el planeta, pero camino llevan. Las sociedades tecnocráticas cada vez atienden menos a la Polis y se centran más en el Estado. Sócrates y Moro están ya superados. Las modernas utopías han ido adquiriendo dosis de tecnología hasta convertirse en un absurdo completo, en el paraíso de la tecnocracia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

CHATELET, F. *El nacimiento de la historia* (2 vls), 1978. Madrid, Siglo XXI.

CHOAY, F. *L´urbanisme, utopies et réalités.* 1965, París, Éditions du Seuil.

DEL AGUILA TEJERINA, R. "Maquiavelo y la teoría política renacentista", 1990. En F. VALLESPIN (Ed.), *Historia de la Teoría Política* (2), Madrid, Alianza Editorial.

LAVEDAN, P. *La géographie des villes.* 1936, Gallimard, París.

LE CORBUSIER *Maniére de penser L´Urbanisme,* 1963, París, Ed. Gonthier.

MORO, CAMPANELLA, BACON, *Utopías del Renacimiento.* 1982, Madrid, F.C.E.

PLATON. *La República.* 1986, Madrid, Gredos.